

Asamblea Pastoral Extraordinaria 2020
Nuestro caminar pastoral en tiempos de pandemia.

¡Qué bueno que nos podamos encontrar aunque sea de este modo! Mucho necesitamos saber unos de otros y animarnos en el caminar de nuestra vida de Iglesia. Pienso que todos experimentamos una serie de sentimientos algo contrapuestos. La alegría de vernos entremezclada con la nostalgia y la tristeza de no poder estar juntos, abrazarnos, cantar y reír. Una enorme inquietud por lo que está sucediendo a nuestro alrededor y las ganas de contar a otras comunidades y parroquias como lo estamos haciendo. Intento en estas palabras recoger algo de lo que he ido captando sobre la situación que enfrentamos junto y de lo que pudiéramos llamar, las pistas u orientaciones para nuestro caminar de Iglesia en este tiempo.

**... los discípulos se habían reunido con las puertas cerradas
por miedo a las autoridades judías. (Jn 20,19)**

El miedo tiene mala fama permítanme reivindicarlo un poco. Con mucha liviandad se dice: “no tengas miedo” como si eso fuera algo indigno, de cobardes. Sin embargo, corresponde recordar que el miedo es una reacción humana legítima y fundamental, un mecanismo de defensa que al alertarnos de un peligro nos protege. Lo contrario, no percibir el riesgo o no percatarnos de una amenaza, es delicadísimo. Con razón llamamos “inconscientes e irresponsables” a quienes se exponen a peligros innecesarios. En la actual circunstancia parece fundamental tomarle el peso a los riesgos que implica el contagio de este virus. Y no solo en términos personales, sino pensando en el entorno, en los que viven con nosotros

Los discípulos tenían buenos motivos para tener “las puertas cerradas”. Habían sido testigos de la pasión y crucifixión del Señor, y también de la fragilidad propia. En la hora de la prueba habían abandonado a Jesús. Además debían considerar que si habían hecho eso con el maestro cuanto más podrían hacer con ellos. Tenían motivos para temer, para tener las puertas cerradas. Nosotros también. La amenaza del coronavirus es muy grave.

“se habían reunido”

Lo interesante, es que estos discípulos permanecen unidos, no se han dispersado. ¿En qué están? Podemos sospechar que están “procesando” juntos todo lo que había pasado. Es verdad que otros se habían marchado, como los discípulos de Emaús que regresaban a su pueblo convencidos que todo había sido un fracaso cuando Jesús les salió al encuentro. Estos no. Estaban reunidos. Discerniendo. Rezando. Tratando de entender. En eso mismo estamos nosotros.

No ha sido solo el coronavirus el que nos ha sacudido. En poco tiempo nos ha tocado enfrentar crisis muy fuertes, una detrás de la otra. Los abusos al interior de la Iglesia, el estallido social y ahora la pandemia. Cada una ha provocado un quiebre, un punto de

inflexión después del cual pareciera que todo cambió o debiera cambiar. Y ha sido todo tan rápido y repentino que antes de que pudiéramos asumir y procesar la crisis, su interpelación, ha venido otra. Y, en realidad estas tres que señalo son solo la punta del iceberg de movimientos subterráneos todavía más radicales como son los profundos cambios en los modos de sentir, de enfrentar la vida en todos sus aspectos.

Cada una de estas crisis nos ha exigido un examen profundo y nos ha desafiado a una renovación radical. Hemos debido reconocer aquello que no se ajustaba al camino de Jesús en nuestros modos de ser Iglesia. Y habíamos emprendido un proceso de purificación y renovación que ciertamente no ha concluido. Los motivos del malestar social están lejos de haberse resuelto como tampoco está resuelto el modo como nosotros, en cuanto Iglesia, podemos y debemos contribuir en esta hora de la patria. El proceso que buscaba establecer un nuevo “pacto social” para construir un nuevo Chile, en torno al debate constitucional ha sido postergado, como también las movilizaciones que lo generaron. Es evidente que estos temas no están resueltos y que sin duda volverán a estar en la agenda muy pronto.

La vida en tiempos de Pandemia

El impacto de esta crisis sanitaria ha sido gigantesco, en todo el mundo y en nuestro país. Una amenaza invisible pero tremendamente real ha trastocado todo: la economía, la política, todas las expresiones sociales, artísticas, deportivas y también religiosas. A nosotros nos ha obligado a suspender todos los encuentros presenciales. Y la verdad es que prácticamente todo lo que hacemos, toda la vida de nuestras comunidades es eso: reunirnos para celebrar, para compartir, para formarnos, para organizarnos.

Ha sido y sigue siendo muy fuerte que cosas tan naturales y hermosas se hayan vuelto peligrosas y prohibitivas: Estar juntos, acompañarnos, abrazarnos. ¡Lo primero que tuvimos que impedir fue el saludo de la paz! ¡Qué tremendo no poder visitar a nuestros adultos mayores! ¡Qué duro para ellos, y se bien que hay tantos entre nuestros agentes pastorales, estar tan encerrados, limitados, amenazados y lejos de los suyos! ¡Qué cosa tan fuerte no poder celebrar un funeral como corresponde para familiares y personas tan queridas, algunos de ellos agentes pastorales de toda una vida!

Y la angustia no es solo por los problemas de salud. Las consecuencias sociales, sobre todo por la pérdida de trabajo, resultan ser gigantescas y muy complejas. Este aspecto de la actual crisis ha puesto en evidencia aquello que la anterior, el estallido social, ya había revelado: La enorme cantidad de personas y familias que sobrellevan la vida apenas, con recursos insuficientes.

Ahora, en lo inmediato, el coronavirus nos cambió la vida más que cualquiera situación. Hemos debido recurrir a los medios tecnológicos, como lo estamos haciendo ahora, para intentar continuar de algún modo con nuestras actividades, con nuestra misión. Al igual que las clases y en muchos casos el trabajo, también las misas tuvieron que servirse de

estas herramientas tecnológicas. Pienso que es muy importante que nunca hemos dejado de celebrar los misterios del Señor aunque haya sido solo de modo remoto. Algunos me han manifestado el dolor de no poder acudir a la Eucaristía. Para nosotros, los celebrantes, también ha sido muy fuerte celebrar con el templo vacío mirando un celular. No saben cuánto los extrañamos. Pero también cuanto agradecemos cada palabra y cada gesto de cercanía.

Al principio fueron solo las misas on-line. Poco a poco hemos ido descubriendo otras posibilidades, que aunque nunca reemplazan al encuentro físico, nos han permitido acompañarnos, animarnos, coordinar tareas e incluso hacer catequesis y formarnos mejor. Desde el primer momento hubo preocupación por aquellos que enfrentaban esta crisis sin contar con recursos económicos y rápidamente surgieron respuestas concretas, campañas de alimentos, comedores. También la Diócesis ofreció sus casas de retiro para albergues y residencias sanitarias.

Entonces “Jesús entró y poniéndose en medio de los discípulos les saludó diciendo: Paz a ustedes” (Jn 20.19)

No hay nada que los discípulos pudieran haber deseado más. Aunque, lo más probable es que ni siquiera se lo imaginaron, era demasiado. **El Maestro se hizo presente en medio de ellos.** Nunca lo habían necesitado tanto como entonces. Su presencia regala aquello que sus palabras anuncian: “Paz a ustedes”. Hoy, también Jesús Resucitado está en medio de nosotros y nos ofrece su Paz.

Estos días han sido muy especiales, por una parte hemos estado asustados, preocupados, muy limitados. Pero hemos estado en casa, tal vez más que nunca y eso es un don que debemos apreciar. Pienso que para muchos ha sido un tiempo para rezar intensamente. Para los consagrados ha sido un precioso recordar que lo primero en nuestra vocación es “estar con Jesús”. Antes de ser llamados a predicar fuimos invitados a vivir en íntima comunión con Él. Hemos debido re-aprender que somos sacerdotes, diáconos o religiosas no tanto en función de lo que hacemos sino de lo que somos. Este detenernos y quedarnos en casa nos ha abierto un espacio para redescubrir lo que somos y lo que realmente importa. Tengo la confianza que para todos ustedes, esta situación ha generado un espacio de interioridad, de silencio y oración muy importante. Imagino que ha sido una oportunidad para la familia. Aunque sospecho bien lo exigente que es esto de trabajar, estudiar y convivir tanto tiempo en familia.

Este confinamiento es una oportunidad preciosa para crecer en la intimidad con Jesús. ¡Tanto que nos habíamos planteado en nuestra planificación pastoral la urgencia de poner a Jesús en el centro! La conversión que requerimos como Iglesia, antes que un cambio

moral es un giro interior; una transformación espiritual. Y ello, por más que se pueda alimentar con actividades comunitarias que la estimulen será siempre, en definitiva un acontecimiento al interior del corazón. No hay conversión pastoral si no se parte de la conversión personal. De ahí que resulte de verdad, que este tiempo de confinamiento al que estamos obligados pueda ser un tiempo de Dios, un “kairos”. Jesús se ha puesto en medio de nosotros y nos viene a entregar Su Paz. Como lo hemos planteado en nuestro plan pastoral: Jesús, Señor y Centro, de nuestra vida.

Después de la Pandemia

El Papa Francisco ha planteado un tema fundamental: el después de la Pandemia. **¿Cómo quieren salir después de la pandemia?** Porque a diferencia de las otras crisis que señalamos, lo del virus tiene fecha de caducidad. Será más larga o más corta no lo sabemos, pero va a terminar, como sucede con todas las epidemias. En algún momento tendremos la vacuna, un antídoto o habremos generado los anticuerpos porque nos habremos terminado de contagiar todos. La pregunta es si vamos a volver a lo de antes como si no hubiera pasado nada. ¿Todo esto será solo un gran paréntesis, una pausa colectiva, o la habremos aprovechado para algo más? ¿Cómo quieres estar después de la pandemia?

¿Cuántas cosas nos ha enseñado este tiempo? De verdad muchas y tremendamente importantes. De nuestra fragilidad y de lo mucho que nos necesitamos unos a otros. Del valor infinito de un abrazo, de una sonrisa y de una sencilla visita. De lo importante que es celebrar los misterios de la fe. De lo inútiles que son tantas cosas por las que corríamos y nos afanábamos en otros tiempos.

También esta Pandemia ha puesto en evidencia otras “enfermedades” de nuestra sociedad que no van a concluir cuando pase el coronavirus.

- La Pandemia de la injusticia y de la inequidad que tiene a sectores tan amplios en viviendas diminutas, hacinados, sin un adecuado acceso a la salud, con trabajos inestables, sin recursos para vivir con dignidad.
- La Pandemia del individualismo y la indiferencia. Que lleva a tantos a comportarse de modo irresponsable y a poner en peligro la vida de otros.
- La pandemia de la violencia en tantos espacios, sobre todo al interior de las familias.
- La pandemia del consumismo que nos transforma en depredadores de los bienes de la naturaleza, Sin duda, la grave sequía que enfrentamos es una manifestación de esta naturaleza herida. Hay quienes piensan que también las epidemias son manifestación de lo mismo.

¿Esperamos que esto pase para volver a lo mismo, a la antigua normalidad? ¿O estamos tejiendo desde lo más íntimo un cambio profundo, un renacer para una vida nueva?

“Como el Padre me ha enviado, yo también lo envío a ustedes” (Jn 20, 21)

Jesús se ha puesto en medio de nosotros no solo para ofrecernos tranquilidad. Nos llama para asumir su misión. La comunidad no está llamada a ser un refugio donde protegerse de los males sino un vivero de vocaciones para el servicio; debe ser un espacio de oración y discernimiento. El lugar donde estamos llamados a configurarnos como Cuerpo Cristo que se ofrece para la vida del mundo. Somos portadores de un tesoro que no nos pertenece y que es palabra de vida para este mundo.

He comenzado reivindicando un valor del miedo: porque nos alerta del peligro y así nos protege. Pero sabemos que el miedo puede tener una consecuencia muy negativa: El miedo puede paralizar. Por eso necesitamos poner a Jesús al Centro y con Él asumir nuestra misión en medio de las circunstancias que nos tocan. Sin dejar de ser responsables y cautelosos en los resguardos sanitarios podemos y debemos asumir la misión que Jesús nos entrega. El riesgo del contagio nos debe hacer extremadamente prudentes, responsables, pero ello nunca debe ser excusa para no cumplir con nuestra misión. Tendremos que ser creativos, y para ello contamos con el impulso del Espíritu Santo, para explorar nuevas formas y hacer fecundo este tiempo.

Me atrevo a proponer tres pistas para el camino pastoral que tenemos por delante:

1. Anunciar el nombre de Jesús, pan de vida eterna.

La Iglesia vive para evangelizar, para anunciar el nombre de Jesús, Señor y Salvador. Y este es un momento muy propicio, porque en medio de la crisis brotan preguntas vitales sobre el sentido de la vida. Hoy la gente tiene hambre de escuchar una palabra que le hable de lo definitivo de la existencia: tiene hambre del Pan de vida eterna.

Dadas las circunstancias sanitarias el modo de evangelizar debe ser otro. Ya no pueden ser las calles y las plazas, tampoco podemos salir a golpear las puertas. Pero parece ser el precioso momento para evangelizar al interior del hogar. De hecho, la transmisión de las misas por las redes conlleva una invitación a hacer de cada hogar un templo. Además, ahora, que el corazón está inquieto y que los tiempos parecen transcurrir de un modo más sosegado, tenemos una oportunidad única para compartir el tesoro de nuestra fe. La oración y la catequesis pueden recuperar el espacio familiar que les corresponden y que en tantos casos se había perdido.

Felizmente la comunicación familiar ahora se extiende más allá de las residencias gracias a los nuevos medios. Y la misma cuarentena nos ha invitado a estar más conectados con nuestros familiares que están más lejos. Hay aquí un espacio bendito para hablar de cosas importantes, para acompañarnos en la oración, para dejar que Dios nos acompañe

Los mismos medios nos permiten ampliar los espacios para hablar de Dios, para compartir la fe que nos sostiene, para evangelizar. Son las nuevas rutas y plazas por donde anunciar la Buena Noticia de Jesús. Ya hemos comenzado a usarlas para **la Liturgia**, para acompañarnos en la comunión fraterna **“Koinonía”** y progresivamente los empezamos a usar en la **catequesis** y la formación. Estos nuevos medios han llegado para quedarse, ya que los hemos descubierto como una extraordinaria ayuda para la evangelización.

2. Contagia Solidaridad.

Es el nombre de la campaña solidaria que hemos comenzado en la diócesis y que está en comunión con la campaña nacional de Cáritas. En ella están contenidas todos los esfuerzos por responder a las necesidades urgentes de quienes carecen de alimentos porque han perdido sus ingresos. Se trata de un deber evangélico, porque Nuestro Señor no solo nos ofreció su cuerpo como Pan de Vida eterna, sino que también se identificó con quienes padecen hambre o sed y nos señaló claramente: **“Denles ustedes de comer”** (Lucas 9, 13). La tarea solidaria es esencial a la vida de la Iglesia.

Las cajas de alimentos, los comedores o las ollas comunes son un signo elocuente de una Iglesia que no es indiferente a la suerte de los necesitados, porque son los predilectos del Padre del Cielo. Y lo sabemos muy bien. Aunque solo dispongamos de **“cinco panes y dos pescados”** (Jn 6,9) el Señor puede multiplicar para que alcance para todos. Es probable que esta tarea involucre gran parte de nuestras energías en este tiempo. Y está bien que así sea. También será la ocasión para trabajar mejor en coordinación con otras instancias, ya sean comunales o de otros organismos. Bendigo a Dios por las diversas iniciativas que ya se han desplegado en este primer tiempo de la emergencia y confío que continuaremos creciendo en este servicio tan urgente. Espero que sea la ocasión de involucrar a toda la comunidad cristiana, no solo a los encargados de la pastoral social.

3. Reflexión y formación para contribuir en el debate sobre el cambio social en Chile.

Hemos descubierto que esta circunstancia de confinamiento nos permite leer, estudiar e incluso participar en diversos cursos on-line. Creo que los debemos aprovechar al

máximo. Por cierto que los temas de formación pueden ser muchos. Pero tenemos una urgencia y una deuda: **La Doctrina Social de la Iglesia** nos puede ayudar mucho en la reflexión sobre el proceso constituyente, que está en pausa, pero que indudablemente volverá con fuerza. Sabemos que en él se juegan grandes anhelos de justicia, de equidad, de una sociedad que reconozca a cada uno de sus miembros en toda la dignidad que les corresponde. Dignidad que proclamamos proviene de su condición de Hijos de Dios y que reconocemos como un clamor de tiempo en que vivimos.

Chile está en una encrucijada muy delicada. Se trata de una preciosa oportunidad que no deja de estar amenazada por enormes incertidumbres. Tenemos mucho que aportar desde el patrimonio que la Iglesia ha construido en su reflexión social. Pero la verdad es que hemos descuidado formarnos adecuadamente en esta parte fundamental de la doctrina de la Iglesia. La enseñanza del Papa Francisco sobre el cuidado de la casa común, “Laudato Si’”, resulta ser un lúcido aporte en el marco de la emergencia climática que enfrentamos. Pienso que debemos favorecer cursos o seminarios que nos ayuden a conocer y difundir mejor este rico patrimonio de la Iglesia.

A esta línea de acción corresponde no solo la formación sino también el promover el debate, el discernimiento y la reflexión. Tanto a nivel interno de la Iglesia, como en otros espacios más diversos o ciudadanos. En esos espacios, que en un momento se llamaron cabildos ciudadanos, como discípulos de Cristo podemos y debemos participar para contribuir con una visión que facilite el diálogo, que ayude a superar visiones ideológicas contrapuestas, velando porque prime el bien común, el bien de Chile.

Jesús, Señor y centro de nuestra vida, nos visita. Ha entrado por las rendijas de las puertas cerradas por el temor. Viene a ofrecernos su Paz y para enviarnos a la Misión. No estamos solos, somos hijos amados. Él nunca nos abandona, no deja de infundirnos su Espíritu que hace nuevas todas las cosas. Su presencia inunda nuestra vida y nos lleva a descubrir este tiempo tan particular como tiempo de gracia, un Kairos, que no podemos desaprovechar en toda su riqueza.

La Iglesia celebra hoy el Inmaculado corazón de la Santísima Virgen María. Su cercanía maternal nos ha acompañado en todas las horas difíciles de nuestra historia. También nos regala la Paz que proviene de su Hijo y nuestro Señor Jesucristo. Su corazón inmaculado es precioso reflejo del corazón de Jesús y es también modelo para la Iglesia, llamada a cuidar de todos sus hijos y alentarlos en medio de las dificultades. Bajo su manto maternal nos acogemos.

+ Galo Fernández Villaseca
Administrador Apostólico

Talca, 20 de junio de 2020
Solemnidad del Inmaculado Corazón de María.